

Reseñas

Mark Platts, "Realidades Morales. Ensayo de Psicología Filosófica". (trad. del inglés por Ana Isabel Stellino y Antonio Ziri6n), M6xico: UNAM, Instituto de Investigaciones Filos6ficas, 1998, 259p. Indice, Bibliograf6a, ISBN 968-853-374-2.

El *Instituto de Investigaciones Filos6ficas* de la UNAM, nos presenta una traducci6n bien cuidada de *Moral Realities*, de Mark Platts, que apareciera publicado por Routledge en 1991. Dentro del proyecto de escribir una metaf6sica descriptiva (en el sentido strawsoniano) de la moralidad, es decir, una descripci6n de las estructuras conceptuales que subyacen al conjunto de pr6cticas morales, Platts defiende en este libro una teor6a objetivista del valor, y por consiguiente, del bien y del deber moral. Inscrito dentro de la tradici6n anal6tica brit6nica, en la l6nea un tanto heterodoxa de Nagel y McDowell, tiene en el pensamiento de Hume - para quien las fuentes del valor est6n en la naturaleza contingente de la subjetividad humana-, un interlocutor privilegiado, que es necesario discutir y superar.

La metaf6sica descriptiva se enfrenta, seg6n Platts, a la dificultad peculiar de que no es f6cil identificar la estructura conceptual interna a la moralidad, aquella estructura conceptual subyacente que explica y sustenta las pr6cticas morales y da sentido a la moral. Pero uno podr6a f6cilmente pensar que tal dificultad no existe. Si definimos una teor6a interna como la que da sentido a (justifica) la acci6n moral -Platts la define como aquella teor6a sobre la moral que cumple con la condici6n de dar una raz6n para la acci6n moral- (15)¹, parece obvio que habr6a m6s de una teor6a interna. No tiene por qu6 haber una 6nica explicaci6n plausible y que d6 sentido a las pr6cticas morales. Diversos sistemas de creencias sobre la moral y su naturaleza pueden, combinados con las ontolog6as apropiadas, dar sentido a la moralidad, sosteniendo, por ejemplo, que se trata de mandatos divinos, de imperativos de la Raz6n o de dise1os adaptativos de la evoluci6n. Y si la explicaci6n no es 6nica, tampoco tiene por qu6 serlo la estructura conceptual subyacente usada impl6cita o expl6citamente por los agentes morales. Esto no equivale a la tesis de que todas esas explicaciones son verdaderas; pero todas tienen sentido y pueden considerarse verdaderas en alg6n mundo posible. Uno puede creer que el mundo en que vive tiene caracter6sticas que en realidad no tiene y dar una explicaci6n err6nea de las pr6cticas morales. Pero esto no quiere decir que sus creencias sobre el mundo y la moral carezcan de sentido.

No existe, entonces, una 6nica teor6a interna. Y de hecho, cuando Platts argumenta en favor de una en donde el valor es objetivo, est6 criticando a otra teor6a interna, que pretende dar sentido a la moral incorporando una teor6a

¹ Los n6meros entre par6ntesis remiten a las p6ginas de *Realidades Morales*.

subjetiva del valor (Hume). Sin embargo, dado que Platts se compromete con la idea de una única teoría interna, está obligado a argumentar fallas conceptuales en la teoría de Hume. Así, la teoría de Hume no puede ser una teoría interna, si por fallas conceptuales ni siquiera alcanza a ser una verdadera teoría. Sus defectos conceptuales se advierten en su incapacidad para reconocer ciertos hechos sobre la psicología humana del deseo y de la valoración. Para superar a Hume, Platts recurre a una sofisticada psicología filosófica del deseo, y de sus relaciones con la creencia y la acción.

Lo que Platts quiere ofrecer como teoría objetiva del valor y de la moralidad, no se identifica ni con una fundamentación teológica de la moral (como la que Mackie cree que tiene sentido pero poco sustento empírico), ni con una explicación científica -Platts despliega algo de malquerencia contra explicaciones científicas del valor y la moral, sin dar señas precisas que las identifiquen (51). Lo segundo concuerda bien con su distanciamiento de Hume, pues parece posible hacer una lectura de Hume que proporcione una fundamentación a las pretensiones científicas, como las que la sociobiología ha comenzado a plantear recientemente sobre el origen y naturaleza de la moral. El distanciamiento de Hume ocurre, sin embargo, en medio de su reconocida cercanía, pues Platts busca, como Hume, la teoría interna de la moralidad en una teoría filosófica sobre los fundamentos psicológicos de la acción. Se adhiere a la ortodoxia humeana de dar a los deseos un papel causal necesario en la acción humana (95-96).

Pero en Hume, esta tesis va de la mano de otra tesis, cuya discusión es central en el debate de la filosofía moral contemporánea: la tesis de que en la acción los deseos ponen el fin y la razón los medios. Toda valoración se explica, según Hume, recurriendo a algún deseo. Si los deseos ponen los fines, los valores son subjetivos, en el sentido de que dependen de una contingencia -la estructura de deseos innata a la naturaleza humana. Aquí es donde Platts se aparta de Hume. Quiere una teoría de la deseabilidad y del valor que trascienda al subjetivismo que equipara el valor con un estado de cosas cuya descripción está lógicamente ligada a la existencia de un deseo. No quiere llegar a esos resultados subjetivistas, y ello lo obliga a comenzar por una teoría del deseo.

La tesis de Platts es que hay valores, que hay percepciones de deseabilidad, que no dependen, para su vínculo con la acción, de un deseo rector previo. En otras palabras, quiere mostrar que hay fines que no son puestos por deseos, ni mediata ni inmediatamente. Estos fines pueden además poner, y ponen, deseos como sus consecuencias. En su esbozo de una teoría del deseo, Platts señala cuatro tipos posibles de deseos. Los más importantes, para sus fines, son aquellos en donde la percepción de deseabilidad es el motor de la acción y precede al deseo correspondiente. Esta percepción o cognición genera deseos sin tener que suponerlos; "da lugar, por sí misma" a un deseo (134).

Conocemos este tipo de estados mentales. Una especie familiar de este

tipo son las valoraciones que dependen de que percibamos (como acto cognitivo) la conexión de una acción -como medio- con un fin que identificamos con un deseo previo (90). Sin embargo, este tipo de casos podría dar razón a Hume y a los subjetivistas. Sería así siempre que la captación de la conexión de una acción con un fin dependa del concurso de un deseo previo, que es del tipo de deseos para los que no se puede dar una razón ulterior, a no ser la que alude a la existencia del deseo mismo. Estos parecen ser los deseos fundamentales en la teoría de Hume. Se trata de deseos que son una pura contingencia de la naturaleza humana, algo que nos identificaría precisamente como humanos y nos segregaría del resto de los seres vivos o racionales. Es verdad que no podríamos elevar esos deseos a modelo rector para entender otros seres vivos (o racionales, si se prefiere); pero son de hecho esos deseos, según Hume, los que hay que considerar, si de lo que se trata es de hacer una teoría del deseo humano y de la moralidad humana.

En su sofisticada psicología del deseo, Platts sostiene que esta concepción estrecha del deseo en Hume, como mero poder activo sin racionalidad, debe ampliarse para dar cabida a un tipo básico de deseo que Hume no quiso admitir. Se trata del tipo de deseos de los que se puede dar razón, sin que la razón dependa en ningún sentido de la presencia de ese u otro deseo. Estos deseos son la clave de todo el estudio, el tipo de deseos que Nagel y McDowell han tratado de defender contra la ortodoxia humeana que los niega. Platts defiende así un internalismo del valor, en donde creer deseable o valorar está lógicamente ligado con el deseo; pero no debido a que toda valoración sea precedida de un deseo, sino porque toda valoración es seguida de un deseo. Así como Platts reconoce que hay deseos que no son precedidos por, ni acompañados de, valoraciones (88), así piensa que es justo admitir que hay valoraciones no precedidas por deseos y que pueden además generarlos (91-92). Sería estrecho afirmar que toda valoración desemboca últimamente en un deseo bruto del que ya no se puede dar razón. Platts defiende que hay deseos que más bien presuponen valoraciones y esta es la posibilidad que debe salvar una teoría objetivista del valor.

La mayor parte de la defensa de la objetividad del valor se va en esta obra en reflexiones críticas contra la ortodoxia humeana que niega la objetividad de los valores, poniendo de relieve las dificultades para encontrarle consistencia a esa ortodoxia. Son reflexiones "poco constructivas" (así las llama el propio autor), porque no tanto elaboran la teoría objetiva del valor, sino que más bien se dedican a refutar los argumentos que la niegan. Si uno va a ver qué argumento da Platts para apoyar la tesis de que el tipo no-humano de deseos existen, habría que referirse, aparentemente (47-52), a los hechos relativos a las carencias y necesidades humanas. Estos hechos pueden fundamentar la deseabilidad de un estado de cosas sin hacer referencia a deseos. Si percibimos que un estado de cosas X puede subsanar carencias o satisfacer necesidades, esto puede

generar un valor del estado de cosas X, independientemente de que se lo desee o no. Este valor, a su vez, es capaz de generar que se desee ese estado de cosas.

Aunque una teoría biológica, por ejemplo, de las carencias y necesidades humanas podría bastar para fundamentar algunos valores objetivos, ya hemos visto que Platts se revuelve contra esta versión del objetivismo (51). Él parece pensar que las necesidades carencias dependen en mayor medida de intereses culturalmente infundidos en los sujetos, y que los novelistas nos pueden enseñar más de estas cosas que la verborrea cientifista. Pero la idea se queda prácticamente en eso y nada más; y quizás no sea injusto sugerir que una defensa del objetivismo de esta naturaleza debería preocuparse en primer término por empezar a penetrar teóricamente el universo de las carencias y necesidades humanas.

Y acaso aquí no fuese improductivo apelar al mismo Hume. Pues él planteó el origen de la moralidad, al menos al tratar de las virtudes artificiales, precisamente esbozando una teoría de las necesidades humanas y su conexión con la necesidad de la sociedad y sus normas (T, Lib III, sec.2: Del Origen de la Virtud y la Propiedad). Reconociéndole a Platts su conocimiento profundo del pensamiento de Hume, con el cual el reseñante no puede medirse, no parece impertinente preguntarse si, en lugar de entrar a sutilizar sobre las maniobras conceptuales que serían menester para entender a Hume como subjetivista consistente -lo cual finalmente conduce a declararlo caso perdido-, no hubiese sido más fructífero intentar una lectura objetivista de Hume, comenzando por el énfasis que él mismo puso en las carencias y necesidades humanas y en el rol de la moral para subsanarlas.

ALEJANDRO ROSAS
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

